

solo con motivo de aquella mujer. Sin saberlo, Daniel iba á aprovecharse de estas preparaciones debidas á la casualidad. Es raro que un hombre pase sin sentimiento del estado de confidente al estado de rival, y Arthez lo podía hacer entonces sin cometer falta alguna. En un momento notó las enormes diferencias que existen entre las mujeres distinguidas y las mujeres vulgares, y entonces se sintió tocado en los lugares más accesibles y más tiernos de su alma y de su genio. Llevado de su sencillez y de la impetuosidad de sus ideas á apoderarse de aquella mujer, se encontró retenido por el mundo y por la barrera que las maneras y la majestad de la princesa levantaban entre ella y él. Para aquel hombre, acostumbrado á no respetar á la que amaba, tuvo aquello un no sé qué de irritante, un incentivo tanto más poderoso, cuanto que se vió obligado á devorar los deseos que inspiraba. La conversación, que versó acerca de Miguel Chrestien hasta los postres, sirvió de admirable pretexto lo mismo á Daniel que á la princesa para hablar bajo; amor, simpatía, divinización; ella afanosa por presentarse como mujer desconocida y calumniada; él ansioso de sustituir al republicano muerto. Aquel hombre ingenuo debió sorprenderse al notar que sentía menos á su amigo. En el momento en que las maravillas de los postres relucieron sobre la mesa al resplandor de los candelabros y á la sombra de los ramos de flores naturales que se interponían entre los convidados cual pintoresco seto, la princesa se complació en prolongar aquella serie de confianzas mediante una frase deliciosa acompañada de una de esas miradas por medio de las cuales las rubias parecen morenas y que expresaba la idea de que Daniel y Miguel eran dos almas gemelas. Después de esto, Arthez se mezcló en la conversación general denotando una alegría infantil y una fatuidad digna de un escolar. Con la mayor sencillez, la marquesa tomó el brazo de Arthez para ir al saloncito de la marquesa. Cuando atravesaban el salón, retuvo un poco el paso, y cuando estuvo separada de la marquesa, que daba el brazo á Blondet, por una distancia bastante considerable, detuvo á Arthez y le dijo:

—No quiero ser inaccesible para el amigo de aquel pobre republicano, y aunque me haya impuesto el deber de no recibir á nadie, usted solo en el mundo podrá entrar en mi casa. No vaya á creer acaso que esto sea un favor. El favor sólo existe tratándose de extraños, y á mí me parece que

nosotros somos amigos antiguos. Quiero ver en usted al hermano de Miguel.

Arthez no supo que responder y se contentó con oprimir el brazo á la princesa. Cuando el café estuvo servido, Diana de Cadiñán, haciendo un movimiento lleno de coquetería, se envolvió en un gran chal y se levantó. Blondet y Rastignac eran hombres demasiado acostumbrados á la alta sociedad para hacer la menor exclamación plebeya ni querer retener á la princesa; pero la señora de Espard obligó á su amiga á sentarse de nuevo, tomándola por la mano y diciéndole al oído:

—Espere usted á que los criados hayan comido, porque aun no está el coche preparado.

Después hizo una seña al ayuda de cámara para que se llevase el servicio de café. La señora de Montcornet comprendió que la princesa y la señora de Espard tenían algo que decirse y se llevó consigo á un rincón á Arthez, á Rastignac y á Blondet.

—Bueno, ¿qué le ha parecido á usted?—dijo la marquesa á Diana.

—Es un muchacho adorable que está aún en mantillas. A decir verdad, creo que esta vez habrá, como siempre, triunfo sin lucha.

—Es desesperante — dijo la señora de Espard, — pero queda un recurso.

—¿Cuál?

—Déjeme usted que sea su rival.

—Como usted quiera—respondió la princesa.—Ya he tomado una resolución. El genio es una manera de ser del cerebro, y no sé lo que puede ganar con él el corazón. Más tarde hablaremos de esto.

Al oír esta última frase, que fué impenetrable, la señora de Espard se mezcló en la conversación general sin sentirse herida del «como usted quiera», ni curiosa por saber en qué acabaría aquella entrevista. La princesa permaneció cerca de una hora sentada en un sofá próximo al fuego, en actitud negligente é indolente, escuchando con la atención de una persona preocupada y mirando á intervalos á Daniel para hacerle ver una admiración que no se salía de los justos límites. Tan pronto como el coche estuvo dispuesto, se marchó, después de cambiar un apretón de manos con la marquesa y de hacerle una inclinación de cabeza á la señora de Montcornet.

La velada acabó sin que se hablase de la princesa. Se aprovechó la especie de exaltación que dominaba á Arthez, el cual desplegó los tesoros del ingenio. A decir verdad, como agudeza de ingenio y alcance de inteligencia, Rastignac y Blondet eran dos acólitos de primera fuerza, y respecto á las dos mujeres, sabido es que hace ya tiempo que son consideradas como las más ingeniosas de la elevada sociedad. Aquello fué, pues, una especie de parada en un oasis, una dicha rara y bien apreciada por aquellas personas, víctimas generalmente de la vulgaridad del mundo. Hay seres que tienen el privilegio de estar entre los hombres como astros bienhechores cuya luz ilumina los espíritus y cuyos rayos caldean los corazones. Arthez era una de esas almas hermosas. Un escritor que se eleva á la altura en que él está se acostumbra á pensarlo todo y olvida á veces que es preciso no decirlo todo; le es imposible tener la prudencia de las gentes que frecuentan continuamente la sociedad; pero como sus salidas llevan casi siempre el sello del genio y de la originalidad, no disgustan á nadie. Este sabor tan raro en los talentos, esa juventud llena de sencillez que tan original hacía á Arthez, convirtieron aquella velada en una cosa deliciosa. El literato salió con el señor de Rastignac, y, como es natural, mientras éste le acompañaba á su casa, le preguntó lo que le había parecido la princesa.

—Miguel tenía razón en amarla, porque es una mujer extraordinaria — respondió Arthez.

—Sí, muy extraordinaria — replicó burlescamente Rastignac. — Por su acento veo que la ama usted ya y que irá á su casa antes de tres días, y, por otra parte, conozco de sobra á la sociedad parisiense para no saber lo que va á pasar entre ustedes. Ahora bien, mi querido Daniel, yo le suplico que no permita ninguna confusión de intereses. Ame á la princesa si es que está usted enamorado, pero piense en su fortuna propia. Nunca ha tomado ni exigido un céntimo á nadie, pues es demasiado Uxelles y demasiado Cadiñán para hacerlo; pero además de gastar su fortuna, yo sé de conocidos míos que disiparon algunos millones. ¿Cómo? ¿por qué medios? Nadie lo sabe, ni ella misma. Yo le vi tragarse hace trece años la fortuna de un muchacho muy guapo y la de un notario viejo en veinte meses.

—¡Hace trece años! — dijo Arthez. — Pues ¿qué edad tiene?

—¿No vió usted en la mesa al duque de Maufrigneuse, joven de diez y nueve años? — le respondió riéndose Rastignac. — Ahora bien, diez y nueve y diez y siete son...

—Treinta y seis — exclamó Arthez sorprendido. — Yo le echaba veinte años.

—Ella los aceptaría — dijo Rastignac; — pero no tema, nunca tendrá más de veinte años para usted. Va usted á penetrar en el mundo más fantástico. Ya está usted en su casa, buenas noches. Nos veremos esta semana en casa de la señorita de Touches — dijo el barón al ver que su coche llegaba á la calle de Bellefont, donde vivía Arthez en una casita propia.

Arthez dejó que el amor penetrase en su corazón sin hacer la menor resistencia. Empezó adorando y admirando. La princesa, aquella hermosa criatura que era una de las creaciones notables de ese monstruoso París, donde todo es posible lo mismo en bien que en mal, se convirtió en el ángel soñado. Para comprender bien la rápida transformación de este ilustre autor, sería preciso tener la gran inocencia que comunican al corazón la soledad y el trabajo constante y los grandes deseos y caprichos que desarrolla el amor, cifrado en una mujer innoble. Arthez era indudablemente el niño, el colegial reconocido inmediatamente por el tacto de la princesa. La hermosa Diana había tenido una gran penetración y estaba segura de haber encontrado al hombre superior que desean todas las mujeres, aunque sólo sea para engañarle. Al fin había hallado las grandezas de la inteligencia unidas á la sencillez del corazón. Arthez le parecía guapo, y tal vez lo era. Aunque llegaba ya á la edad grande del hombre, á los treinta y ocho años, conservaba un tinte de juventud, debido á la vida sobria y casta que había hecho; y como todos los entregados á trabajos intelectuales, conservaba una gordura razonable. De joven había tenido una vaga semejanza con el general Bonaparte, y esta semejanza continuaba aun dentro de lo que un hombre de ojos negros y de espesa y negra cabellera puede parecerse á un soberano de cabellos castaños y ojos azules. Los pensamientos que ocupaban su mente parecían salir al exterior, y las pronunciadas arrugas de su cara se habían llenado. El bienestar suele dulcificar los estragos de la miseria y de la lucha continua y aplastante. Si observáis con cuidado las hermosas caras de los filósofos antiguos,

veréis siempre en ellas las desviaciones del tipo perfecto de la cara humana á que debe cada fisonomía su originalidad, rectificadas por la costumbre de la meditación y la calma constante necesaria para los trabajos intelectuales. Las caras más descompuestas, como la de Sócrates, adquirieren á la larga una serenidad casi divina. A la noble sencillez, que coronaba su cabeza imperial, Arthez unía una expresión sencilla, el candor de los niños y una benevolencia conmovedora. No tenía esa cortesía un tanto hipócrita con que las personas mejor educadas y más amables fingen cualidades que no tienen. Podía faltar á algunas leyes mundanas á causa de su aislamiento; pero como no chocaba nunca, aquel perfume de salvaje contribuía á hacer más apreciable su afabilidad.

Mientras se encaminaba á su casa, la princesa no discutió ya consigo misma, del mismo modo que Arthez no evitaba el encanto en que la había sumido. Para ella estaba ya todo decidido: amaba con su ciencia y con su ignorancia. Si se interrogó, fué para preguntarse si merecía tan gran suerte y lo que le había hecho al cielo para que le enviase semejante ángel. Quiso ser digna de aquel amor, perpetuarlo, apropiárselo para siempre y acabar dulcemente su vida de mujer bonita en el paraíso que entreveía. Respecto á la resistencia, á la coquetería, ni siquiera pensó en ellas. ¡Pensaba en cosas muy distintas! Había comprendido la grandeza de los genios y había adivinado que éstos no someten á la mujer elegida á las leyes ordinarias; así es que se había prometido ser débil al primer deseo. Por la apreciación que había hecho, en una sola entrevista, del carácter de Arthez, ella sospechaba que este deseo no sería expresado con tanta rapidez que no le dejase tiempo para hacerse lo que ella deseaba, lo que ella debía ser á los ojos de aquel amante sublime.

Aquí comienza una de esas comedias desconocidas, representadas en el fuero interno de la conciencia entre dos seres de los que el uno será víctima del otro; uno de esos dramas negros y cómicos al lado de los cuales el drama de *Tartuffe* es una sutileza, pero que no pertenecen al dominio escénico, y para que todo en ello sea extraordinario, son naturales, concebibles y justificados por la necesidad; un drama horrible, que sería preciso denominar el reverso del vicio. La princesa empezó por mandar á buscar las obras de Arthez,

que le eran completamente desconocidas, y las leyó todas, y después quiso comparar estos libros con los mejores de la literatura contemporánea. El día en que Arthez fué á verla, tenía una indigestión de cosas ingeniosas. Esperando esta visita, todos los días se había hecho un tocado de orden superior, uno de esos tocados que expresan una idea y la hacen aceptar sin que se sepa cómo ni por qué. La princesa ofrecía á las miradas una harmoniosa combinación de colores grises, una especie de semi duelo, una gracia llena de abandono, el ropaje de una mujer que sólo estaba unida á la vida por algunos lazos naturales y que se aburría. Daba muestras de un aburrimiento que no llegaba hasta el afán del suicidio, pero que sí parecía hacer ver que consideraba la tierra como un presidio. Recibió á Arthez como mujer que lo esperaba y cual si hubiese ido ya cien veces á su casa. Le hizo el honor de tratarle como antiguo conocido y le sacó de apuros con un solo gesto, señalándole una otomana para que se sentase mientras ella acababa una carta comenzada. La conversación se entabló de la manera más vulgar: el tiempo, el ministerio, la enfermedad de Marsay, las esperanzas de los legitimistas. Arthez era absolutista, y la princesa, que no podía ignorar las opiniones de un hombre que defendía en la cámara los derechos del partido legitimista, buscó medios de contarle cómo había engañado á Marsay, y después, mediante una transición que le procuró la abnegación del príncipe de Cadinán por la familia real y por MADAME, llamó la atención de Arthez acerca del príncipe.

—Al menos tiene la buena cualidad de amar á sus amos y de serles adicto, y su carácter público me consuela de todos los sufrimientos que me ha causado su carácter privado, porque—repuso dejando de hablar hábilmente del príncipe—no ha notado, usted que lo sabe todo, que los hombres tienen dos caracteres? Tienen uno para su interior, para sus mujeres, para su vida secreta, y éste es el verdadero, en él no hay máscara ni disimulo, no se toman el trabajo de fingir, se presentan tal cual son y son á veces horribles; y luego, el mundo, los salones, la corte, el soberano, la política, los ven grandes, nobles, generosos y llenos de virtudes, de hermosas palabras y de exquisitas cualidades. ¡Qué horrible broma! y se asombran á veces de la sonrisa de ciertas mujeres, de cierto aire de superioridad con sus maridos, de su indiferencia!

Y esto diciendo, dejó caer su mano sobre el brazo del soldado sin acabar la frase; pero este gesto completaba admirablemente su discurso. Cuando vió á Arthez ocupado en examinar su flexible talle, reanudó la ilación de sus pensamientos como si hablase consigo misma.

—No, continuó. Ustedes los escritores han acabado por ridiculizar grandemente á las mujeres que se creen desconocidas, que están mal casadas y que se forjan dramáticas e interesantes escenas, lo cual me parece cosa vulgarísima. Si somete una y se acabó todo, ó se resiste, y entonces viene la diversión. En los dos casos es preciso callar. Es verdad que yo no sé ni resistirme por completo ni someterme en absoluto; pero esto tal vez sea una razón más grave para guardar silencio. ¡Qué necias son las mujeres que se quejan! porque si no han sido más fuertes, han carecido de tacto, de ingenio y de astucia, y merecen su suerte. ¿No son ellas los remos de Francia? Sí, se burlan de ustedes como quieren, cuando quieren y tanto como quieren. Yo las he oído muchas veces lamentarse de ser mujeres y querer ser hombres, y las que tal cosa han dicho siempre me han dado lástima. Si á una le diesen á elegir, preferiría ser mujer. ¡Vaya un placer, deber los triunfos á la fuerza, á todos los poderes que les dan á ustedes las leyes hechas por ustedes mismos! Pero en cambio cuando les vemos á nuestros pies diciendo y haciendo tonterías, ¿no se siente un verdadero placer viendo al débil que triunfa? Cuando vencemos debemos, pues, guardar silencio, so pena de perder nuestro imperio, y vencidas, tenemos que callarnos también por orgullo. El silencio del esclavo asusta al amo.

Esta charla fué hecha con voz tan dulcemente burlona tan linda y con movimientos de cabeza tan llenos de coquetaría, que Arthez, que desconocía por completo esta clase de mujeres, quedó encantado como queda el perro ante la perdiz.

—Señora, yo le ruego que me explique cómo un hombre ha podido hacerla sufrir, y abrigue la seguridad de que sabrá usted ser original en aquello que resultan vulgares las demás mujeres, pues tiene una manera de decir las cosas que llamaría á hacer interesante un libro de cocina.

—Pronto se toma usted confianzas—le dijo la princesa con tono grave que llenó de inquietud y seriedad á Arthez. La conversación cambió y las horas avanzaban. El pobre

hombre de genio se fué contrito por haber parecido curioso y haber herido á aquel corazón, y llegó sobre todo á persuadirse de que aquella mujer había sufrido atrocemente. La princesa había pasado la vida divirtiéndose, era un verdadero Don Juan hombre, con la única diferencia de que ella no hubiese invitado á cenar á la estatua, sino que lo que hubiese hecho era dar cuenta de la estatua.

Es imposible continuar este relato sin decir algo acerca del príncipe de Cadiñán, más conocido por el nombre de duque de Maufrigneuse, pues, de lo contrario, la sal de las invenciones milagrosas de la princesa desaparecería, y los extraños no comprenderían la espantosa comedia parisiense que iba á representar para un hombre.

El señor duque de Maufrigneuse, como verdadero hijo del príncipe de Cadiñán, es un hombre alto y seco, elegante, cariñoso y decidor, que llegó á coronel por la gracia de Dios y que fué buen militar por casualidad; por lo demás, es á todas horas y por cualquier motivo valiente como un polaco, y oculta el vacío de su cabeza bajo las apariencias de una palabra fácil. Desde la edad de treinta y seis años mostró por fuerza tan perfecta indiferencia por el bello sexo como el rey Carlos X, su amo, pues al igual que éste, sufrió el castigo de haber agrado demasiado durante su juventud. Idolo durante diez y ocho años del arrabal Saint-Germain, había hecho vida de disipación y de placer. Su padre, arruinado por la revolución, fué repuesto al advenimiento de los Borbones, gobernando un castillo y cobrando grandes sueldos; pero el anciano príncipe se comía esta fortuna haciendo vida de gran señor, de modo que cuando se dictó la ley de indemnización, las sumas que recibió fueron absorbidas por el lujo que desplegó en su antiguo palacio, único bien que recobró y cuya mayor parte había sido ocupado por su nuera. El príncipe de Cadiñán, murió algún tiempo antes de la revolución de julio, á la edad de ochenta y siete años; había arruinado á su mujer y estuvo medio indispuerto con el duque de Navarreins, que se había casado con su hija en segundas nupcias y al que rindió difícilmente cuentas. El duque de Maufrigneuse había tenido relaciones con la duquesa de Uxelles. Hacia el año 1814, en el momento en que el señor de Monfrigneuse frisaba en los treinta y seis años, la duquesa, viéndole pobre, pero bien relacionado con la corte, le dió su hija, que poseía unos cincuenta ó sesenta mil

francos de renta, sin contar lo que tenía que heredar de ella. De este modo la señorita de Uxelles pasaba á ser duquesa y su madre abrigaba la seguridad completa de que disfrutaría de la mayor libertad. Después de haber tenido la inesperada dicha de procurarse un heredero, el duque dejó á su mujer en completa libertad de acción y fué á divertirse de guarnición en guarnición pasando los inviernos en París, adquiriendo deudas que su padre seguía pagándole, profesando la más completa indulgencia conyugal y advirtiéndole á la duquesa su vuelta á París con ocho días de anticipación. Adorado por su regimiento, amado por el Delfín, cortesano diestro, aunque un poco jugador, no tenía afecto á nadie, nunca pudo persuadirle la duquesa de que se liase con alguna corista de la ópera por decoro y por consideración á ella. El duque, que seguía desempeñando el cargo de su padre, supo agradar á los dos reyes Luís XVIII y Carlos X, lo cual prueba que sacaba bastante buen partido de su nulidad. Bien es verdad que su vida y su conducta estaban cubiertas del más hermoso barniz: lenguaje, modales, actitud, todo era perfecto. En fin, hasta los liberales le querían. Le fué imposible continuar la marcha de los Cadiñán, que tenían fama de arruinar á sus mujeres, y decimos que le fué imposible porque la duquesa se comió ella sola su fortuna. Estos detalles se hicieron tan públicos en la corte y en el arrabal de Saint-Germain, que durante los cinco últimos años de la restauración se hubiesen burlado del que hubiese hablado de ellos, cual si contase la muerte de Turena ó la de Enrique IV. Por todas estas razones no había mujer que elogiará á aquel duque encantador, que había sido inmejorable con su mujer, tanto que era difícil que ningún hombre hubiese obrado mejor que obró Maufrigneuse con la duquesa dejándola en la libre disposición de su fortuna y defendiéndola, sosteniéndola en todas ocasiones. Fuese orgullo, bondad ó caballerosidad, es lo cierto que el señor de Maufrigneuse había salvado á la duquesa en muchas circunstancias en que cualquiera otra mujer hubiese perecido, á pesar de su posición y del crédito de la anciana duquesa de Uxelles, del duque de Navarreins, de su suegro y de la tía de su marido. Hoy el príncipe de Cadiñán pasa por uno de los más hermosos caracteres aristocráticos. Sin duda la fidelidad en los apuros es una de las victorias más hermosas que pueden alcanzar los cortesanos sobre sí mismos.

La duquesa de Uxelles, que tenía cuarenta y cinco años cuando casó á su hija con el duque de Maufrigneuse, presenciaba, pues, hacía tiempo, sin celos y hasta con interés, los éxitos de su antiguo amigo. En el momento del casamiento de su hija y del duque observó una conducta noble que evitó la inmoralidad de esta combinación. Sin embargo, la maldad de los cortesanos halló materia para burlas é hizo correr el rumor de que tan hermosa conducta no costaba gran sacrificio á la duquesa, la cual hacía unos cinco años que se entregaba á la devoción y al arrepentimiento propio de las mujeres que tienen muchas faltas que purgar.

Durante varios días la princesa se mostró cada vez más notable por sus conocimientos en literatura, y abordaba con excesivo atrevimiento las cuestiones más arduas gracias á lecturas diurnas y nocturnas proseguidas con una intrepidez digna de los mayores elogios. Arthez, estupefacto, incapaz de sospechar que Diana de Uxelles repitiese por la noche lo que había leído por la mañana, como hacen muchos escritores, la tenía por una mujer eminente. Estas conversaciones alejaban á Diana de su objeto, y aunque intentó volver á entrar en el terreno de las confidencias, del que su amante se había retirado prudentemente, no le fué fácil encaminar de nuevo á un hombre de aquel temple; sin embargo, después de un mes de campañas literarias y de hermosos discursos platónicos, Arthez se aventuró á ir todos los días á las tres para retirarse á las seis, y volver á las nueve para marcharse á las doce ó á la una de la noche, con la regularidad de un amante lleno de impaciencia. A la hora en que Arthez se presentaba, la princesa solía estar ya vestida con más ó menos cuidado. La mutua fidelidad, el cuidado que tenían de sí mismos, todo denotaba sentimientos que no se atrevían á confesarse, pues la princesa adivinaba perfectamente que aquel niño grande temía tanto un debate como ella lo deseaba. Entretanto, Arthez deslizaba en sus constantes y mudas declaraciones un respeto que agradaba infinito á la princesa. Ambos se sentían cada día tanto más unidos, cuanto que nada convenido había entre ellos, ni nada les detenía en la marcha de sus ideas, como cuando entre amantes existen por un lado peticiones formales y por el otro negativas más ó menos sinceras. Como todos los hombres más jóvenes de lo que deberían serlo por su edad, Arthez era presa de esas conmovedoras irresoluciones causadas por el poder de los deseos y por el temor de

desagradar, situación que pasa inadvertida para una joven que participa de ella, pero que la princesa había inspirado demasiadas veces para no saborear sus placeres. De esta suerte Diana gozaba de aquellas deliciosas puerilidades con tanto más encanto, cuanto que sabía como hacerlas cesar. Se parecía á un gran artista que se complaciese en la admiración de las indecisas líneas de un boceto después de estar seguro de acabar en una hora de inspiración la obra maestra que flotaba aun en los limbos de la generación. ¿Cuántas veces no se complació en detener á Arthez con aire imponente, verle dispuesto á avanzar? La princesa escudriñaba los serenos tormentos de aquel secreto corazón, los excitaba y los apaciguaba con una mirada, ó dándole á besar su mano, ó con palabras insignificantes dichas con voz emocionada. Este manejo, convenido con frialdad, pero ejecutado divinamente, grababa cada vez más su imagen en el alma de aquel ingenioso escritor, á quien se complacía en convertir en niño confiado, sencillo y casi tonto mientras estaba á su lado. Pero también ella tenía sus luchas consigo misma, y entonces le era imposible no admirar tanta grandeza mezclada con tanta inocencia. Este juego de gran coqueta la iba uniendo insensiblemente á su esclavo. Por fin, Diana se impacientó contra aquel Epicteto amoroso, y cuando le creyó dispuesto á la mayor credulidad se dispuso á cubrirle los ojos con una pesada venda. Una noche Daniel encontró á la princesa pensativa, con un codo apoyado en una mesita y su hermosa cabeza rubia bañada de luz por la lámpara. Diana jugueteaba con una carta que tenía sobre la mesa. Cuando Arthez hubiese visto aquel papel, ella lo dobló y se lo puso en la cintura.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Arthez.—Parece que está intranquila.

—He recibido una carta del señor de Cadiñán—respondió ella,—y por graves que sean las faltas que ha cometido conmigo, después de haber leído su carta he pensado que está desterrado y separado de su hijo, á quien tanto quiere.

Estas palabras pronunciadas con aparente sinceridad, revelaban una sensibilidad angelical. Arthez se sintió sumamente conmovido. La curiosidad del amante se convirtió por decirlo así en curiosidad psicológica literaria y quiso saber hasta qué punto era grande aquella mujer, qué injurias se disponían á perdonar y cómo podían ser ángeles ciertas mujeres tildadas de frívolas, de descorazonadas y de egoístas. Recordando

que había sido rechazado cuando había querido conocer á aquel corazón celestial, se sintió un tanto conmovido y su voz adquirió un cierto temblor al tomar la mano transparente, fina y delicada de Diana y preguntarle:

—¿Somos ya bastante amigos para que pueda yo saber lo que usted ha sufrido? Sus antiguas penas deben influir indudablemente en su actual meditación.

—Sí—dijo ella pronunciando esta sílaba como la nota más dulce que jamás haya podido producir la flauta de Tulou.

Después volvió á caer en profunda meditación y sus ojos se velaron. Daniel esperó aquellas revelaciones lleno de ansiedad y penetrado de la solemnidad del momento; su imaginación de poeta le hacía ver una especie de nubes que se disipaban lentamente, descubriéndole el santuario en que iba á ver á los pies de Dios al cordero herido.

—Bueno?—le dijo él con tranquila y cariñosa voz.

Diana miró al cariñoso solicitante y después bajó los ojos lentamente de un modo que denotaba el más noble pudor. Sólo un monstruo hubiera sido capaz de imaginar hipocresía en la graciosa ondulación con que la maliciosa princesa levantó su bonita cabeza para sumir aún una mirada en los ojos ávidos de aquel gran hombre.

—¿Puedo? ¿debo?—dijo ella haciendo un gesto de duda y mirando á Arthez con sublime expresión de soñadora ternura.—¿Tienen tan poca fe los hombres en esta clase de cosas! se creen tan poco obligados á ser discretos!

—¡Ah! si desconfía usted de mí, ¿por qué estoy aquí?—exclamó Arthez.

—¡Eh! amigo mío—le respondió ella dándole á su exclamación la gracia de una confesión involuntaria.—Cuando se une á otro para siempre, ¿calcula acaso una mujer? No se trata de mi negativa (¿qué puedo yo negarle?) sino de la idea que tendrá usted de mí si hablo. Le confiaría á usted la extraña situación en que me hallo á mi edad. Pero ¿qué pensaría usted de una mujer que descubriese las llagas secretas del matrimonio y revelase los secretos de otro? Turenne cumplía su palabra á los ladrones; ¿no debo yo á mis verdugos la probidad de Turenne?

—¿Ha dado usted su palabra á alguien?

—El señor de Cadiñán no ha creído necesario exigirme el secreto. ¿Quiere usted pues, algo más que mi alma? ¡Tirano! ¿quiere, pues, que yo sepulte en usted mi probidad?—añadió

dirigiendo á Arthez una mirada con la cual dió más valor á esta confianza que á toda su persona.

—Debe usted tenerme por hombre muy vulgar si teme el menor mal de mí,—dijo Arthez con mal disimulada amargura.

—¡Perdón, amigo mío!—le respondió ella, tomándole una mano, mirándose y acariciándose, estirándole los dedos con cariñosa suavidad.—Ya sé todo lo que usted vale. Usted me ha contado toda su vida, que es hermosa, sublime, noble, digna de su nombre. Tal vez le deba yo á usted en cambio el secreto de la mía. Pero en este momento temo desmerecer á sus ojos contándole secretos que no me pertenecen exclusivamente. Además, temo que usted, hombre sumido en la soledad y en el estudio, no dé crédito acaso á los errores del mundo. ¡Ah! ustedes no saben que cuando inventan dramas, muchas veces éstos no llegan ni con mucho á los que se desarrollan en el seno de las familias unidas aparentemente; ustedes ignoran la extensión de ciertos infortunios ocultos.

—Lo sé todo—exclamó él.

—No, usted no sabe nada. ¿Debe una hija delatar nunca á su madre?

Al oír esta frase, Arthez se encontró como hombre extraviado en los Alpes durante una noche oscura y que á los primeros resplandores del amanecer nota que llega al borde de un precipicio sin fondo. El literato, que parecía sentir frío en la espalda, miró á la princesa con asombro. Diana creyó que aquel hombre de genio era un espíritu débil, pero notó un brillo en sus ojos que la tranquilizó.

—En fin, casi se ha convertido usted para mí en un juez—le dijo ella con desesperación—y por lo tanto puedo hablar en virtud del derecho que tiene todo ser calumniado á demostrar su inocencia. Yo he sido y soy aún, si es que alguien se acuerda de una pobre reclusa obligada por el mundo á renunciar al mundo, yo soy acusada de tanta ligereza y de tanta perversidad, que puede permitirseme sincerarme á los ojos del corazón donde hay un asilo del que no será nunca arrojada. Siempre he visto en la justificación un duro ataque dirigido á la inocencia, y por eso no me creía obligada á hablar. Además, ¿á quién podía dirigir la palabra? Estas cosas crueles solo deben confiarse á Dios, á alguien que nos parezca muy próximo á él, ó á otra persona que nos

inspire la confianza que se inspira uno mismo. Ahora bien, si sus secretos no han de estar aquí—dijo colocando la mano sobre el corazón de Arthez,—como están aquí—añadió señalando su pecho,—usted no será el gran Arthez y yo habré sido engañada.

Una lágrima humedeció los ojos de Arthez, y Diana notó esta lágrima dirigiéndole una mirada de soslayo que no hizo vacilar sus párpados ni sus pupilas. Este movimiento fué rápido é imperceptible como el de una gata cuando caza un ratón. Después de sesenta días de conversación, Arthez se atrevió por primera vez á tomar aquella mano suave y perfumada para llevársela á los labios y depositar en ella un beso prolongado desde la muñeca hasta las uñas con tan delicada voluptuosidad, que la princesa inclinó la cabeza y pensó que los hombres de genio debían amar con más perfección que los fatuos, que los diplomáticos y hasta que los militares, á pesar de no tener éstos otra cosa que hacer. Diana era entendida en la materia y sabía que el carácter amoroso se denotaba en cierto modo por medio de insignificancias. Una mujer instruida puede leer su porvenir en un sencillo gesto, como Cuvier sabía decir, viendo el fragmento de una pata: «Esto pertenece á un animal de tal dimensión, con ó sin cuernos, carnívoro, herbívoro, anfibio, etc., de tantos miles de años de edad». Segura de encontrar en Arthez tanta imaginación en amor como empleaba en su estilo, juzgó necesario hacerle llegar al más alto grado de la pasión y la creencia, y retiró vivamente su mano haciendo un movimiento lleno de emociones. Si le hubiese dicho: «Acabe, va usted á hacerme morir», hubiese hablado con menos energía. Diana permaneció un instante con los ojos fijos en los de Arthez, expresando á la vez felicidad, gazmoñería, temor, confianza, languidez, vagos deseos y un temor de virgen. En aquel momento no tuvo más que veinte años. Pero tened en cuenta que se había preparado para aquella hora de cómica mentira con un arte inaudito en su tocado y que estaba en su sofá como una flor que va á abrir sus pétalos al primer rayo de sol. Falsa ó sincera, lo cierto es que embriagaba á Daniel. Si se nos permite arriesgarnos á dar una opinión individual, confesamos que sería delicioso verse engañado de este modo mucho tiempo. Indudablemente que Talma en las tablas ha superado muchas veces á la naturaleza; pero ¿no era la princesa de Cadiñán la mejor cómica de aquel tiempo? Sólo le

faltaba á esta mujer un auditorio atento. Desgraciadamente, en las épocas trastornadas por las tormentas políticas las mujeres desaparecen como los lirios de las aguas, los cuales, para florecer y ostentarse á nuestra vista, necesitan un cielo puro y los más tímidos céfiros.

La hora había llegado, y Diana iba á apresar á aquel gran hombre en los inextricables lazos de una novela preparada de antemano, novela que Arthez iba á escuchar con la fe cristiana con que escuchaba un neófito de los primeros tiempos la epístola de un apóstol.

—Amigo mío, mi madre, que vive aun en Uxelles, me casó el año 1814, cuando yo contaba diez y siete años (ya ve usted que soy muy vieja) con el señor de Maufrigneuse, no por amor á mí, sino por amor á él, pues le pagaba así al único hombre que había amado toda la dicha que de él había recibido. ¡Oh! no se asombre usted de esa horrible combinación, porque es muy frecuente. Muchas mujeres son más amantes que madres, del mismo modo que la mayor parte son mejores madres que buenas mujeres. Estos dos sentimientos, el amor y la maternidad, desarrollados como lo están por nuestras costumbres, luchan á veces en el corazón de las mujeres, y cuando no son de gran fuerza tiene que sucumbir uno de ellos. Un hombre de genio tiene que comprender estas cosas que asombran á los tontos, pero que no por eso son menos ciertas, y que tienen su justificación en la diferencia de caracteres, de temperamentos, de afectos y de situaciones. Yo, por ejemplo, en este momento, después de veinte años de desgracias, de decepciones, de calumnias, de disgustos y de insípidos placeres, ¿no he de estar expuesta á prosternarme á los pies de un hombre que me amase sinceramente y para siempre? Y sin embargo ¿no sería condenada por el mundo? ¿Veinte años de sufrimientos, no excusarían una docena de años que me restan aún de belleza, dedicados á un amor santo y puro? Esto no será, pues no soy tan tonta para disminuir mis méritos á los ojos de Dios. He soportado hasta el obscurecer de mi vida las fatigas y el calor del día y acabaré así mi jornada obteniendo mi recompensa.

—¡Qué ángel!—pensó Daniel.

—En fin, yo nunca he tenido el menor resentimiento con la duquesa de Uxelles porque ésta amase más al señor Maufrigneuse que á mí. Mi madre me había visto muy poco, me había olvidado; pero se portó mal conmigo como mujer, y

lo que está mal de mujer á mujer, pasa á ser horrible entre madre é hija. Las madres que hacen una vida como la de la duquesa de Uxelles suelen tener á sus hijas lejos de sí; de modo que yo comencé á frecuentar el mundo quince días antes de mi matrimonio. Ya comprenderá usted cual sería mi inocencia. Como no sabía nada, era incapaz de adivinar el secreto de mi matrimonio. Contaba con una hermosa fortuna de sesenta mil francos en bosques que la revolución se había olvidado de vender, y además con mi castillo de Anzy. El señor de Maufrigneuse estaba plagado de deudas. Si más tarde supe lo que era tener deudas, entonces desconocía demasiado la vida para sospecharlo. Las economías hechas con mi fortuna sirvieron para arreglar los negocios de mi marido. El señor de Maufrigneuse tenía treinta y ocho años cuando yo me casé con él, pero sus años tenían que contarse dobles como en los de las campañas militares. ¡Ah! en realidad tenía más de setenta y dos. A los cuarenta años, mi madre tenía aún pretensiones, y yo me encontré víctima de dos celos. ¿Qué vida llevé durante diez años? ¡Ah! si se supiese lo que sufría esta pobre mujercita tan calumniada! Vivir con una madre celosa de su hija. ¡Dios mío! Ustedes que hacen dramas, no inventarán nunca uno tan negro y tan cruel como éste. Por lo poco que yo sé de literatura, generalmente un drama es una serie de acciones que preparan una catástrofe; pero esta que yo le relato á usted es una serie de catástrofes, es la avalancha que le aplasta á una por la mañana, por la tarde y por la noche, y que le volverá á aplastar al día siguiente. Siento frío en este momento que hablo de aquello haciéndole ver la fría y sombría caverna en que he vivido. Si he de decirlo todo, el nacimiento de mi hijo, que es en un todo como yo (ya ha debido usted notar su semejanza conmigo: son mis mismos cabellos, mis ojos, mi cara, mi frente, mi sonrisa, mi boca, mi barba, mis dientes...) En fin, el nacimiento de mi hijo es una casualidad; el resultado de un convenio entre mi madre y mi marido. Después de mi matrimonio yo seguí siendo soltera mucho tiempo, abandonada casi al día siguiente, madre sin ser mujer. La duquesa se complacía en prolongar mi ignorancia, y para lograr este objeto, una madre tiene siempre horribles ventajas sobre su hija. Yo, pobre de mí, educada en un convento como una rosa mística, ignorante del matrimonio, me consideraba muy feliz y gozaba con la buena

inteligencia y armonía de nuestra familia. En fin, yo me entretenía en pensar en mi marido, que no me agradaba gran cosa y que no hacía nada para mostrarse amable durante los primeros goces de la maternidad, que fueron tanto más vivos cuanto que no conocía otros. ¡Me habían machacado tanto la idea del respeto que una madre se debe á sí misma!... Por otra parte, á una muchachuela le gusta mucho siempre jugar á la *mamá*. A la edad que yo tenía, un niño reemplaza á la muñeca. ¡Estaba yo tan orgullosa de tener aquella flor! porque Jorge era guapo... una maravilla. ¿Cómo pensar en el mundo cuando se tiene la dicha de cuidar y criar á un angelito? Yo adoro á los niños cuando son pequeños, blancos y rosados. Yo no veía más que á mi hijo, vivía con mi hijo y ni siquiera permitía que la niñera lo vistiese y le cambiase la ropa. Estos cuidados, tan fastidiosos para las madres que tienen un regimiento de hijos, eran para mí un placer; pero al cabo de tres ó cuatro años, como yo no soy completamente tonta, á pesar del cuidado que tenían en taparme los ojos, la luz acabó por llegar á ellos. ¿Se imagina usted verme al despertar cuatro años después, en 1819? *Los dos hermanos enemigos* son un juego al lado de una madre y una hija colocadas en la situación en que nos vimos la duquesa y yo. Entonces desafié á ella y á mi marido, haciendo coquetuerías públicas que dieron mucho que hablar. Ya comprenderá usted, amigo mío, que los hombres que dieron lugar á que se me tachase de ligera tenían para mí el mismo valor del puñal con que uno se sirve para herir á su enemigo. Preocupada con mi venganza, yo no sentía las heridas que me hacía á mí misma. Inocente como una niña, pasaba por una mujer perversa, por la peor mujer del mundo, y yo no sabía nada. El mundo es muy tonto, muy ciego y muy ignorante; sólo penetra los secretos que le sirven de distracción, y cuando se trata de cosas grandes y nobles se pone las manos sobre los ojos para no verlas. Pero me parece que en aquel tiempo yo tuve miradas, actitudes y movimientos de altivez que hubieran tenido gran valor para un buen pintor. Yo debí iluminar algunos bailes con las tempestades de mi cólera y con los torrentes de mi desprecio. Poesía perdida. Esos sublimes poemas sólo se hacen cuando la indignación se apodera de nosotras á los veinte años. Más tarde ya no se indigna una: se siente cansada, no se asombra del vicio, se vuelve cobarde, se tiene miedo. ¡Oh! yo iba

bien, muy bien. Yo he representado el papel más estúpido del mundo, pues me han achacado muchos crímenes sin haber disfrutado de sus beneficios. ¡Sentía tanto placer en comprometerme! ¡Ah! yo he hecho picardías de niño. Una vez me fuí á Italia con un joven aturdido y lo planté tan pronto como me habló de amor; pero cuando supe que se había comprometido por mí falsificando una letra para tener dinero, corrí á salvarle. Mi madre y mi marido, que sabían el secreto de estas cosas, me tenían de la brida como á una mujer pródiga. ¡Oh! aquella vez me presenté al rey, y Luis XVIII, aquel hombre sin corazón, se sintió conmovido y me dió cien mil francos de su bolsillo. El marqués de Esgrignon, ese joven que tal vez conocerá usted, que hizo después un rico matrimonio, fué salvado del abismo en que había caído por mí. Aquella aventura causada por mi ligereza me hizo reflexionar y entonces noté que yo era la primera víctima de mi venganza. Mi madre, mi marido y mi suegro tenían al mundo de su parte y parecían proteger mis locuras. Mi madre, que sabía que era yo demasiado activa, demasiado grande y demasiado Uxelles para obrar de un modo vulgar, se asustó entonces del mal que me había hecho. Tenía entonces cincuenta y dos años, se había ido de París para vivir en Uxelles y ahora se arrepiente de sus faltas y las expía mediante una devoción exagerada y un afecto sin límites por mí. Pero en 1823 me dejó sola frente á frente del señor Maufrigneuse. ¡Oh! amigo mío, ustedes los hombres no pueden saber lo que es un hombre viejo afortunado en amores. ¿Qué interior no será el de un hombre acostumbrado á las adulaciones de las mujeres de la alta sociedad, que no tiene ya incienso ni incensario y que se siente celoso por lo mismo? Cuando el señor de Maufrigneuse fué todo mío, yo quise ser una buena mujer; pero choqué con todas las asperezas de mi espíritu enfermo, con todos los caprichos de la impotencia, con todas las puerilidades de la necedad, con un hombre, en fin, que era la más fastidiosa elegía del mundo y que me trataba como á una niña, complaciéndose en humillar mi amor propio á cada paso, haciéndome comprender mi ignorancia en todo. A cada instante me hería, é hizo todo lo posible para que me fuese detestable y me diese derecho á hacerle traición. Sin embargo, fuí víctima de mi corazón y de mi deseo de obrar bien durante tres ó cuatro años. ¿Sabe usted la frase infame que me movió á hacer tantas locuras? ¡Inventaron ustedes

nunca las sublimes calumnias que inventa el mundo? «La duquesa de Maufrigneuse vuelve á estar con su marido»—se decía.—«¡Bah! es por depravación. Siempre es un triunfo reanimar á un muerto, que es lo único que á ella le quedaba que hacer»—respondió mi mejor amiga, una jovencita, aquella en cuya casa tuve la dicha de encontrarle.

—¡La señora de Espard!—exclamó Daniel haciendo un gesto de horror.

—¡Ah! la he perdonado, amigo mío. En primer lugar, la frase es excesivamente ingeniosa y tal vez yo misma he dicho epigramas más crueles acerca de pobres mujeres tan puras como lo era yo entonces.

Arthez volvió á besar la mano á aquella santa mujer que, después de haber despedazado á su madre y de haber hecho lo propio con el príncipe de Cadiñán, se sacrificaba ella misma y se decía culpable á fin de adquirir á los ojos del cándido escritor esa virginidad que la mujer más necia procura ofrecer á su amante á toda costa.

—Ya comprenderá usted, amigo mío, que yo entré en el mundo con brillo para alcanzar en él triunfos. Tenía que conquistar mi independencia y neutralizar los deseos del señor de Maufrigneuse. Hice, pues, vida disipada por muchas razones, y para aturdirme, para olvidar la vida real con una vida fantástica, brillé, di fiestas, hice la princesa y adquirí deudas. En mi casa descansaba durmiendo de las fatigas y renacía para el mundo hermosa, alegre y loca; pero en esta triste lucha de la fantasía contra la realidad me comí mi fortuna y llegó la revolución de 1830 en el momento en que encontraba al final de aquella existencia de *Las mil y una noches* el amor santo y puro que (soy franca) deseaba conocer. Confiéselo usted, ¿no era esto natural en una mujer cuyo corazón comprimido por tantas causas y accidentes despertaba á la edad en que la mujer se siente engañada y en que yo veía en torno mío tantas mujeres felices con el amor? ¡Oh! ¿por qué fué tan respetuoso conmigo Miguel Chrestien? Aquello fué para mí una nueva burla. ¿Qué quiere usted? Al caer lo he perdido todo y no he conservado ilusiones acerca de nada. En fin, que me hallé desencantada del mundo cuando me era preciso abandonarlo. Hay en esto algo de providencial, como en las insensibilidades que nos preparan para la muerte. Entonces todo ayudaba á mis planes, y los desastres de la monarquía y sus ruinas me ayudaron á se-

pultarme. Mi hijo me sirve de consuelo en muchas cosas. El amor maternal nos hace ver que todos los demás sentimientos son engañosos, y el mundo se asombra de mí retiro cuando he encontrado en él la felicidad. ¡Oh! ¡si supiese usted cuán feliz es aquí la pobre criatura que tiene en su presencia! Sacrificándolo todo por mi hijo, olvido las felicidades que ignoro y que ignoraré siempre. ¿Quién podría creer que la vida se traduce para la princesa de Cadiñán en una mala noche de novios, y que todas las aventuras que le atribuyen fueron originadas por la lucha entre una chiquilla y dos horribles pasiones? Nadie. Hoy lo temo todo, y tal vez rechazaré un sentimiento verdadero, un amor puro y sincero, al recordar tantas falsedades y desgracias, del mismo modo que los ricos explotados por bribones que simulan la miseria rechazan después al que en realidad la padece. Todo esto es horrible, ¿verdad? Sí, pero créame usted que lo que le digo es la historia de muchas mujeres.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono de broma y de ligereza que recordaba á la mujer elegante y burlona. Arthez estaba absorto. A sus ojos las gentes que los tribunales envían á presidio por haber matado, por haber robado con circunstancias agravantes, eran santos en comparación de ciertas gentes de la alta sociedad. Aquella atroz elegía forjada en el arsenal de la mentira y templada en las aguas del Estigia parisiense había sido dicha con el inmutable acento de la verdad. El escritor contempló un momento á aquella adorable mujer sumida en un sofá, anonadada por aquella revelación y abismada al parecer en el recuerdo de sus pasados dolores.

—Y juzgue usted—continuó ella—la impresión que debió causarme el amor de su amigo; pero por una atroz burla de la suerte... ó Dios tal vez..., porque entonces, lo confieso, un hombre, un hombre digno de mí, me hubiese encontrado débil; ¡tanta sed tenía de dicha! Pero, en fin, ha muerto, y ¿ha muerto salvando la vida de quién? ¡Del señor de Cadiñán! ¿Se asombra usted de hallarme pensativa?

Este fué el último golpe, y el pobre Arthez no lo resistió, y arrodillándose, apoyó la cabeza en las manos de la princesa y lloró, derramó esas dulces lágrimas que derramarían los ángeles, si los ángeles llorasen. Cuando Diana tuvo la cabeza entre sus manos pudo dejar errar en sus labios una maliciosa sonrisa de triunfo, la sonrisa que tendrían los mo-

nos cuando hacen alguna travesura, si los monos supiesen reir.

—¡Ah! ¡ya le tengo!—pensó la princesa.

Y en efecto, le tenía.

—¡Pero usted es!...—dijo Arthez levantando su hermosa cabeza y mirando á la princesa con amor.

—Virgen y mártir—continuó ella sonriendo de la vulgaridad de este antiguo dicho, aunque dándole un sentido encantador con aquella sonrisa llena de cruel alegría.—Si me hace usted reir, es porque pienso en la princesa que conoce el mundo, en aquella duquesa de Maufrigneuse que dicen haberse entregado á de Marsay, al infame Trailles, al tonto Esgrignon, á Rastignac, á Rubempré, á embajadores ó á ministros ó generales rusos, ¿qué se yo? á Europa entera. Se ha hablado mucho de este álbum que yo encargué, creyendo que los que me admiraban eran amigos míos. ¡Ah! ¡esto es espantoso! No comprendo como dejo que un hombre permanezca á mis pies. Despreciarlos á todos, tal debería ser mi religión.

Dicho esto, se levantó y se encaminó al alféizar de la ventana con paso lleno de majestuosidad.

Arthez permaneció en su sitio sin atreverse á seguir á la princesa, pero mirándola, y la oyó que se sonaba sin sonarse. ¿Cuál es la princesa que se sueña? Diana imaginaba lo imposible para hacer creer en su sensibilidad. Arthez creyó que su ángel lloraba, y corrió hacia ella para cogerla por el talle y estrecharla contra su corazón.

—No, déjeme usted, tengo demasiadas dudas para ser buena para nada—murmuró con voz débil.—Reconciliar-me con la vida es una labor superior á las fuerzas de un hombre.

—Diana, yo la amaré á usted toda la vida y la indemnizaré de los disgustos sufridos.

—No, no me hable usted de ese modo. En este momento me siento avergonzada y temblorosa como si hubiese ejecutado el mayor de los pecados.

La princesa había vuelto á fingir de nuevo la inocencia de una niña, y sin embargo se mostraba tan augusta, grande y noble como una reina. Es imposible descubrir el efecto de este manejo tan hábil, que llegaba á parecer cierto para un alma sencilla y franca como la de Arthez. El gran escritor quedó mudo de admiración esperando una frase, mientras

que la princesa esperaba un beso, sin tener en cuenta que resultaba demasiado sagrada para Arthez. Cuando Diana sintió frío y los pies helados, volvió á sentarse en el sofá, al mismo tiempo que pensaba, contemplando la espaciosa frente y la sublime cabeza de Daniel.

—Esto será muy largo.

—¿Es esto una mujer?—se preguntaba al mismo tiempo aquel profundo observador del corazón humano.—¿Cómo obrar con ella?

Hasta las dos de la mañana pasaron el tiempo diciéndose esas tonterías que las mujeres de genio como la princesa saben hacer adorables. Diana pretendía estar demasiado ajada, vieja y pasada, y Arthez le probó, cosa de que ella estaba convencida, que tenía la piel más delicada, más blanca y más perfumada y que estaba en la flor de su juventud. De este modo discutieron uno por uno acerca de todos los detalles por medio de frases como: «¿Cree usted?» «¿Está usted loco!» «Es el deseo.» «Dentro de quince días me verá usted tal cual soy.» «En fin, yo voy para los cuarenta años.» «¿Se puede amar á una mujer tan vieja?» Arthez empleó impetuosa elocuencia plagada de los epítetos más exagerados, y cuando la princesa oyó á aquel ingenioso escritor diciendo tonterías como un cadete enamorado, lo escuchó con aire absorto, si bien riéndose para sus adentros.

Cuando Arthez estuvo en la calle, se preguntó si no debía haber estado menos respetuoso, y repasó en su memoria aquellas extrañas confidencias que, como es natural, nos hemos visto obligados á abreviar aquí, y que hubieran exigido todo un libro para ser narradas con toda su meliflua extensión y con todos los modales de que fueron acompañadas. La perspicacia retrospectiva de aquel hombre tan natural y tan profundo fué burlada por la naturalidad y la profundidad de aquella novela, y por el acento de la princesa.

—Es verdad—se decía sin poder dormir.—En el mundo hay muchos dramas de esta clase. El mundo cubre semejantes horrores con las flores de su elegancia, con los bordados de su maledicencia y con el ingenio de sus relatos. Nosotros no inventamos nunca más que lo verdadero. ¡Pobre Diana! Miguel había presentado ese enigma y sabía decirme que bajo esa capa de hielo había volcanes. Bianchon y Rastignac tienen razón; cuando un hombre puede confundir las grandezas del ideal y los goces del deseo amando á una mujer educada

y llena de ingenio y de delicadeza, debe ser una dicha sin nombre.

Y esto diciendo, Daniel sondaba su amor y lo encontraba infinito.

Al día siguiente, á eso de las dos de la tarde, la señora de Espard, que hacía más de un mes que no veía á la princesa y que no había recibido siquiera una carta de ella, fué á visitarla movida por una excesiva curiosidad. Nada más divertido que la conversación de aquellas dos finas culebras durante la primera hora. Diana de Uxelles se guardaba como de llevar un traje amarillo de hablar de Daniel Arthez, y la marquesa merodeaba en torno de este punto como un bejuco en torno de una rica caravana. Diana se divertía y la marquesa rabiaba. Diana esperaba, y quería utilizar á su amiga convirtiéndola en una perra de caza. De aquellas dos mujeres tan célebres en el mundo actual, una era más lista que la otra. La princesa dominaba á la marquesa y ésta reconocía interiormente esta superioridad. Tal vez estaba en esto el secreto de aquella amistad. La más débil se pertrechaba en su falso cariño, esperando la hora de poder saltarle á la garganta para darle un gozoso mordisco. Diana veía la situación con claridad. El mundo entero era engañado por los recíprocos mimos que se prodigaban aquellas dos amigas. En el instante en que la princesa vió que su amiga se disponía á interrogarle, le dijo:

—Querida mía, le debo á usted una dicha completa, inmensa, infinita, celestial.

—¿A qué se refiere usted?

—¿Se acuerda de lo que nos decíamos hace tres meses en aquel jardinito, sentadas en un banco al sol debajo de aquel jazmín? ¡Ah! sólo los hombres de genio saben amar. Yo aplaudiría gustosa á Daniel Arthez la frase del duque de Alba á Catalina de Médicis: la cabeza de un salmón vale tanto como la de todas las ranas.

—Ahora ya no me asombra no verla á usted.

—Angel mío, si lo ve usted, prométame no decirle una palabra de mí—dijo la princesa tomándole una mano á la marquesa.—Soy feliz, ¡oh! feliz como nunca, y ya sabe usted cuanto puede dañarnos una frase ó una broma. Hay quien sabe poner tanto veneno en una palabra, que muchas veces mata. ¡Si supiera usted cuanto le deseo desde hace ocho días una pasión semejante! En fin, es dulce, es grato, es en real-

dad un gran triunfo para una mujer, acabar nuestra vida adoradas por un amor ardiente, puro, abnegado, completo, infinito, sobre todo cuando se ha buscado durante tanto tiempo.

—¿Por qué me pide usted que permanezca fiel á mi mejor amiga?—dijo la señora de Espard.—¿Me cree usted capaz de jugarle una mala pasada?

—Cuando una mujer posee un tesoro semejante, el temor de perderlo es un sentimiento tan natural, que da miedo. Yo veo que soy injusta, pero permóneme usted, querida mía.

Algunos momentos después, la marquesa salió, y al verla marcharse, la princesa se dijo:

—¡Como va á acabar de arreglarme! ¡Oh! ¡ojalá diga todo lo que sabe de mí! Para ahorrarle el trabajo de que busque á Daniel, yo misma voy á enviárselo.

A las tres, algunos instantes después, Arthez se presentó, y la princesa, en lugar de entablar una conversación interesante, empezó interrumpiéndole para decirle:

—Dispense usted, amigo mío; pero no quiero que se me olvide una cosa que parece una tontería y que sin embargo tiene gran importancia. No ha vuelto usted á poner los pies en casa de la señora de Espard desde el día mil veces feliz en que le encontré allí, y tengo que rogarle que vaya no por usted ni por cortesía, sino por mí. Tal vez me haya procurado usted una enemiga si ella ha sabido por casualidad que no ha salido usted de mi casa desde el día en que comimos en la suya. Por otra parte, amigo mío, no quisiera que abandonase usted sus relaciones ni sus preocupaciones, porque volvería aun á verme atrozmente calumniada. ¿Qué no dirían de mí? Que absorbo su tiempo, que temo las comparaciones, que quiero aún hacer hablar de mí y que procuro retener bien mi conquista porque ya sé que es la última. ¿Quién podría adivinar que es usted mi único amigo? Si me ama usted tanto como dice, debe usted hacer creer al mundo que somos pura y sencillamente dos hermanos. Continúe usted.

Arthez quedó disciplinado para siempre gracias á la inefable dulzura con que aquella deliciosa mujer arreglaba su bata para caer con toda elegancia. Había en estas palabras un no se qué tan puro y tan delicado, que le arrancaron las lágrimas. La princesa se apartaba de todas las condiciones innobles y plebeyas de las mujeres que se van defendiendo

poco á poco sobre divanes. Diana desplegaba una grandeza inaudita y no necesitaba decir que la unión había de ser acordada entre ellos noblemente. No era ayer, ni mañana, ni hoy, sería cuando quisieran ambos, sin las interminables preparaciones de lo que las mujeres vulgares llaman un sacrificio, en el que sin duda saben todo lo que tienen que perder, mientras que aquella fiesta es un triunfo para las mujeres seguras de salir gananciosas.

En aquella frase todo era vago como una promesa, dulce como una esperanza, y sin embargo cierto como un derecho. ¡Confesémoslo! Esta clase de grandezas no pertenecen más que á esas ilustres y sublimes engañadoras que siguen siendo reinas cuando las demás mujeres pasan á ser esclavas. Entonces pudo medir Arthez la distancia que existe entre estas mujeres y las otras. La princesa se mostraba siempre digna y hermosa. El secreto de esta nobleza estriba sin duda en el arte con que las grandes damas saben despojarse de sus velos. En semejante situación llegan á estar como estatuas antiguas, y si guardasen un trapillo resultarían impúdicas. La plebeya siempre procura envolverse en algo.

Lleno de ternura, Arthez obedeció y fué á casa de la señora de Espard, la cual desplegó con él sus más encantadoras coqueterías. La marquesa se guardó bien de decir nada á Arthez acerca de la princesa y se limitó únicamente á invitarle á comer un día.

Arthez encontró mucha gente el día que fué á comer. La marquesa había invitado á Rastignac, á Blondet, al marqués de Adjuda-Pinto, á Máximo de Trailles, al marqués de Esgrignon, á los dos Vandenesse, á Tillet, al baron de Nucingen, á Nathan, á lady Dudley, á dos de los agregados más péfidos de la embajada y al caballero de Espard.

Máximo de Trailles le preguntó á Arthez:

—¿Ve usted mucho á la princesa de Cadiñán?

Arthez respondió á esta pregunta con una leve inclinación de cabeza. Máximo de Trailles era un elegante sin fe ni ley, capaz de todo, que arruinaba á las mujeres que se unían á él, haciéndolas empeñar hasta sus diamantes, pero que cubría las apariencias con un exterior brillante, encantadores modales y un ingenio satánico. A todo el mundo le inspiraba igual desprecio y temor, pero como nadie se atrevía á demostrarle más que simpatías, él no podía apercibirse de nada ó fingía que no se apercibía. Debía al conde de

Marsay el mayor grado de elevación á que podía llegar. De Marsay, que conocía á Máximo hacía mucho tiempo, le había juzgado capaz de desempeñar ciertas funciones secretas y diplomáticas que le daba. Arthez estaba metido en política hacía ya bastante tiempo para conocer á fondo el personaje y él sólo tenía tal vez carácter para expresar en voz alta todo lo que el mundo pensaba en voz baja.

—¿Es acaso por ella por lo que abandona usted la cámara?—dijo el barón de Nucingen.

—¡Ah! la princesa es una de las mujeres más peligrosas que puede haber para un hombre—exclamó tranquilamente el marqués de Esgrignon.—Yo le debo la infamia de mi matrimonio.

—¡Peligrosa!—dijo la señora de Espard.—No hable usted así de mi mejor amiga. Nunca he visto ni he sabido nada de la princesa que no obedeciese á los sentimientos más elevados.

—Déjele hablar al marqués—exclamó Rastignac.—Cuando un hombre ha sido desazonado por un bonito caballo á causa de sus vicios, lo vende.

Picado por esta frase, el marqués de Esgrignon miró á Daniel de Arthez y le dijo:

—Caballero, supongo que sus relaciones con la princesa no serán tan íntimas que me impidan hablar.

Arthez guardó silencio. Esgrignon, que no carece de talento, le respondió á Rastignac haciendo un retrato apologético de la princesa que puso á todos los comensales de buen humor. Como que esta burla era excesivamente obscura para Arthez, se inclinó hacia la señora de Montcornet, su vecina, y le preguntó el significado de la broma.

—A juzgar por la buena opinión que usted tiene de la princesa, todos los convidados, á excepción de usted, han merecido favores de ella, según se dice.

—Yo puedo asegurarle á usted que esa opinión es completamente falsa—respondió Daniel.

—Sin embargo, ahí está el señor de Esgrignon, que es un verdadero noble, el cual se arruinó por completo por ella hace doce años y por ella también estuvo á punto de subir al patíbulo.

—Conozco ese hecho—dijo Arthez.—La señora de Cadiñán salvó en aquella ocasión al señor de Esgrignon y he aquí cómo se lo paga hoy.

La señora de Montcornet miró á Arthez con un asombro y una curiosidad casi estúpidos, y después fijó sus ojos en la señora de Espard como para decirle:

—¡Está embrujado!

Durante esta corta conversación, la señora de Cadiñán era protegida por la señora de Espard, pero con esa protección semejante á la de los pararrayos, que atraen el rayo. Arthez, por su parte, volvió á mezclarse en la conversación general y oyó que Máximo de Trailles decía lo siguiente:

—En Diana la depravación no es un efecto, sino una causa, y tal vez debe á esta causa sus muchas simpatías. La duquesa no necesita inventar ni buscar nada, y le ofrece á uno las escenas de más refinada comiquería como una inspiración del amor más sencillo, y esto lo hace con tal maña, que es imposible no darle fe.

Esa frase, que parecía haber sido preparada por un hombre del alcance de Arthez, era tan fuerte, que fué una especie de conclusión. Todo el mundo dejó de hablar de la princesa, como dándola por vencida. Arthez miró á Trailles y á Esgrignon con aire burlón.

—La mayor falta de esa mujer consiste en entrar en competencia con los hombres—dijo el eminente escritor.—Disipa como ellos bienes parafernales, envía á sus amantes á casa de los usureros, devora dotes, arruina á huérfanos y tal vez inspira y comete crímenes; pero...

Ninguna de las dos personas á quienes respondía Arthez había oído nunca nada tan fuerte. Al advertir este pero, la mesa entera quedó sorprendida, todos permanecieron con el tenedor en el aire y los ojos fijos alternativamente en el valeroso escritor y en los asesinos de la princesa, esperando la conclusión en medio de un horrible silencio.

—Pero—dijo Arthez con tono burlón—la señora princesa de Cadiñán tiene una ventaja sobre los hombres. Cuando uno se ha puesto en peligro por ella, le salva y no dice nada de nadie. ¿Por qué no había de haber entre las mujeres una que se burlase de los hombres, como los hombres se burlan de ellas? ¿Por qué el bello sexo no habría de tomar de cuando en cuando una revancha?

—El genio es más fuerte que el ingenio—le dijo Blondet á Nathan.

Aquella avalancha de epigramas fué en efecto como el fuego de una pieza de cañón opuesta á una descarga de fu-

silería. Todo el mundo se apresuró á cambiar de conversación. Ni el conde de Trailles ni el marqués de Esgrignon parecieron dispuestos á discutir con Arthez. Cuando se sirvió el café, Blondet y Nathan fueron á unirse al escritor con un apresuramiento que nadie se atrevía á imitar; tan difícil era conciliar la admiración inspirada por su conducta y el temor de crearse dos poderosos enemigos.

—Ya hacía tiempo que sabíamos que el carácter de usted iguala en grandeza á su talento—dijo Blondet.—Ha hablado usted aquí, no ya como un hombre, sino como un Dios; no dejarse dominar por su corazón ni por su imaginación; no haber tomado la defensa de una mujer amada, falta que se esperaba que usted cometiese, y que hubiese hecho triunfar á este mundo corroído de celos contra las ilustraciones literarias... ¡Ah! permítame usted que se lo diga, es lo sublime de la política elevada.

—Es usted un hombre de Estado—dijo Nathan.—Es tan hábil como difícil vengar á una mujer sin defenderla.

—La princesa es una de las heroínas del partido legitimista, ¿no es un deber para todo hombre de corazón defenderla á pesar de todo?—respondió fríamente Arthez.—Lo que ha hecho por la causa de sus amos, dispensaría las mayores locuras.

—Obra con prudencia—dijo Nathan á Blondet.

—Enteramente lo mismo que si la princesa valiese la pena,—respondió Rastignac, que se había unido á ellos.

Arthez se fué á casa de la princesa, que le esperaba con la mayor ansiedad. El resultado de aquella experiencia que Diana había favorecido podía serle fatal. Por la primera vez en su vida, aquella mujer sufría realmente tanto, que sudaba de congoja. No sabía qué partido tomar en el caso de que Arthez creyese al mundo, que decía la verdad, en lugar de creerla á ella, que mentía, pues jamás había tenido á su alcance un carácter tan hermoso, un hombre tan completo, un alma tan pura, una conciencia tan ingenua. Si había urdido semejantes mentiras lo había hecho llevada del deseo de conocer el verdadero amor que sentía ya despuntar en su corazón. Sí, ella amaba á Arthez y estaba condenada á engañarle, á seguir siendo para él la sublime actriz que había representado una comedia en su presencia. Cuando oyó los pasos de Daniel en el comedor, sintió una conmoción y un estremecimiento que agitó todo su ser, y este estado suyo,

que no había tenido igual durante toda su aventurera vida le hizo conocer que se había jugado su dicha. Sus ojos que vagaban errantes en el espacio, se fijaron en Arthez y le penetraron hasta leer en su alma, convenciéndose de que la sospecha no había logrado contagiar su amor. Entonces el terrible estado en que la había puesto el temor desapareció y la alegría estuvo á punto de ahogar á la feliz Diana, pues generalmente las criaturas tienen más fuerza para soportar las penas, que para resistir las extremas alegrías.

—Daniel, me han calumniado y tú me has vengado— exclamó la princesa levantándose y abriendo los brazos.

En medio del profundo asombro que le causaban aquellas palabras, cuyas raíces eran invisibles para él, Daniel se dejó coger la cabeza y la princesa le besó santamente en la frente.

—¿Cómo ha sabido usted?..

—¡Oh! necio ilustre, ¿no ves que te amo con locura?

Desde aquel día no se ha vuelto á hablar más de la princesa de Cadiñán ni de Arthez. La princesa ha heredado de su madre alguna fortuna, pasa todos los veranos en Ginebra en una casa de campo con el gran escritor y vuelve á París á pasar algunos meses del invierno. A Arthez sólo se le ve en la Cámara, y sus publicaciones se han hecho excesivamente raras. ¿Es esto un desenlace? Para las gentes de talento, sí; mas no para los que quieren saberlo todo.

En los Jardies, Julio de 1830

## LOS EMPLEADOS

Á LA CONDESA SERAFINA PORCIA DE SAN SEVERINO

Obligado á leerlo todo para procurar no repetir nada, hace unos días hojeaba los trescientos cuentos más ó menos picarescos de Il Bandello, escritor del siglo XVI poco conocido en Francia, cuentos publicados últimamente en Florencia en la edición compacta de los narradores italianos, cuando el nombre de usted y el del señor conde impresionaron mis ojos, cual si la viese á usted misma, señora. Leía por primera vez Il Bandello en el texto original, y aunque no sin sorpresa, he encontrado que cada cuento, aunque sólo conste de cinco páginas, está dedicado, mediante una carta familiar, á los reyes, á los príncipes, á los personajes más ilustres del tiempo, entre los cuales resaltan los nobles del Milanesado, del Piamonte, patria de Il Bandello, de Florencia y de Génova. Allí están los *Dolcini* de Mantua, los *San Severini* de Crema, los *Visconti* de Milán, los *Guidoboni* de Tortona, los *Sforza*, los *Doria*, los *Fregose*, los *Dante Alighieri* (aun existía uno), los *Frascati*, la reina Margarita de Francia, el emperador de Alemania, el rey de Bohemia, Maximiliano, archiduque de Austria, los *Médici*, los *Sauli*, *Pallavicini*, *Bentivoglio* de Bolonia, *Soderini*, *Colonna*, *Scaliger*, los *Cardona* de España. En Francia: los *Marigny*, Ana de Polignac, princesa de Marcignac y condesa de la Rochefoucauld, el cardenal de Armagnac, el obispo de Cahors, en fin, toda la gran compañía del tiempo, feliz y satisfecha de su correspondencia con el sucesor de Bocaccio. He visto también cuanta nobleza de carácter tenía Il Bandello, pues si ha adornado su obra con estos nombres ilustres, no ha revelado la causa de sus amistades privadas. Después de la *signora Gallerana*, condesa de Bergamo, viene el médico á quien dedicó su cuento de Romeo y Julieta; después de la *signora molto magnifica Hipólita Visconti d'Atellana*, viene el sencillo capitán de caballería ligera, Livio Liviano; después del duque de Orleans, un predicador; después de una Riario, viene *messer magnifico Girolamo Ungaro mercante lucchese*, hombre virtuoso el que cuenta como un *gentilomo navarrese sposa una che era sua sorella et figliuola non lo sapendo*, asunto que le había sido enviado por la reina de Navarra. Yo he pensado, que al igual que Il Bandello, podía colocar uno de mis relatos bajo la protección de una virtuosa *gentilissima illustrissima contessa Serafina san Severino* y dirigirle verdades que serán tomadas por adulationes. ¿Por que no confesar cuán orgulloso me siento de atestiguar aquí y en todas partes, lo mismo hoy que en el siglo XVI, que los escritores, por grande que sea la altura en que los coloca el mundo, se consuelan de las calumnias, de las injurias y de las amargas críticas con hermosas y nobles amistades cuyos sufragios les ayudan á soportar las vejaciones de la vida literaria? París, este cerebro del mundo, le ha agradado á usted tanto con la agitación continua de sus espíritus, ha sido tan bien comprendido por su delicada inteligencia veneciana; ha admirado tanto usted este rico salón de Gerard que hemos perdido y donde se veían, como en la obra de Il Bandello, las inteligencias europeas de este cuarto de siglo; además, las brillantes fiestas, las inauguraciones que hace esta grande y peligrosa sirena la han maravillado tanto, y ha expresado usted con